

Experimentum. Infancia, ciencia y literatura

María García Alonso

«**L**a cantidad vence a la unidad. Y el hombre al niño. La sociedad ataca temprano, cuando el individuo no tiene defensas. Lo esclaviza casi antes de que pueda saborear la libertad. Las “logías” tratan de explicar la causa. La Teología define el fenómeno como formación de la conciencia o del espíritu de abnegación. La Psicología lo llama crecimiento del super-ego. [...] Se ha moldeado la conducta de los individuos de acuerdo con patrones de “buena conducta” y nunca como resultado de un estudio experimental. Pero ¿por qué no realizar experimentos? [...] ¿Por qué no explorar esas cuestiones con espíritu científico». Estas preguntas que se hacía Skinner en su *Walden dos* tienen numerosas respuestas en la ficción y también en la pedagogía y la psicología infantil.

Aldous Huxley fue incluso más allá. ¿Para qué esperar al nacimiento si es posible prefigurar antes a los futuros individuos? Dejar a la educación la tarea de formar adultos socialmente deseables es introducir factores azarosos e ineficaces en un mecanismo que podría ser perfecto.

En *Un mundo feliz* (1976; el original apareció en 1931), la manipulación de los embriones in vitro, el control del oxígeno que llega a sus diminutos cerebros, la economía del sufrimiento y el dolor, del calor y el frío extremos, la utilización del movimiento constante cuando todavía los cuerpos son incapaces de expresar su miedo consiguen un armonioso ajuste social. Esclavos y señores son así predestinados desde su aséptica incubación en frascos, y condicionados en su primera infancia por medio de brutales descargas eléctricas asociadas a determinados estímulos (como la visión de flores o libros para las categorías inferiores).

Cuanto más baja es la casta —dijo Mr. Foster—, más debe escasear el oxígeno. El primer órgano afectado es el cerebro. Después el esqueleto. Al setenta por ciento del oxígeno normal se consiguen enanos. A menos del setenta, monstruos sin ojos. Que no sirven para nada. [...] En los Epsilones —dijo Mr. Foster, muy acertadamente— no necesitamos inteligencia humana [Huxley, 1976, pág. 28].

Algunos aspectos de esta pavorosa argumentación de Huxley fueron experimentados con cierto éxito con niños prematuros por J. T. Lanman, L. Guy y J. Danus, que publicaron los resultados de sus investigaciones en la prestigiosa revista *Journal of the American Medical Association (JAMA)*. En la práctica, el deliberado aumento en la concentración de oxígeno originaba en los pequeños distintos niveles de ceguera.

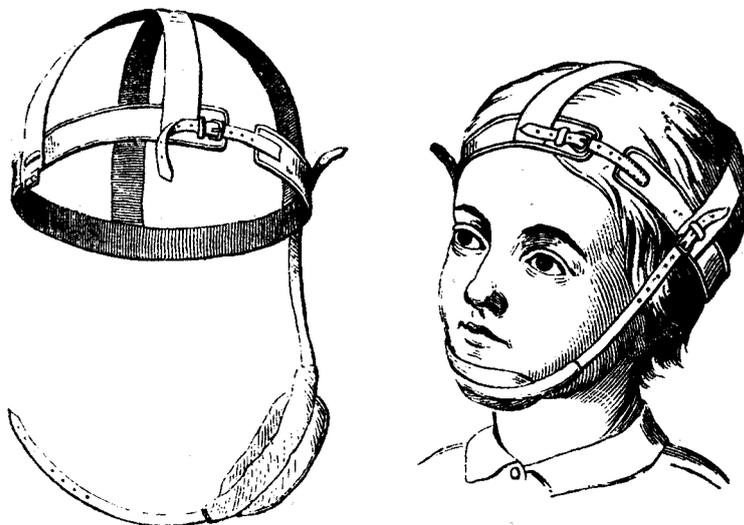
La fibroplasia retrolental fue reconocida por primera vez como una enfermedad propia de los niños prematuros en 1942. Se trata de una anomalía retiniana caracterizada por la existencia de formaciones fibrosas en el vítreo, que producen hemorragias y, frecuentemente, desprendimiento de retina. En la fecha de la publicación del artículo en la *JAMA* (1954), era la principal causa de ceguera infantil en Estados Unidos. Algunos estudios habían apuntado que podría haber una relación entre esta enfermedad y la terapia intensiva de oxígeno. Un equipo de médicos diseñó un test en condiciones controladas para establecer si había o no correspondencia entre estos dos factores.

Se eligió al azar, según su orden de admisión, a 86 pacientes ingresados en la sala de prematuros del Hospital Bellevue, de Nueva York, con menos de doce horas y entre 1.000 y 1.800 gramos de peso al nacer. Se los dividió en cuatro grupos, mantenidos en las siguientes condiciones: 1.º) con una alta concentración de oxígeno; 2.º) con una alta concentración de oxígeno y estrógenos proporcionados por vía oral; 3.º) con una baja concentración de oxígeno, y 4.º) con una baja concentración de oxígeno más estrógenos por vía oral. La incubadora era del mismo modelo para todos los grupos. El estrógeno había sido incluido en el estudio porque los niños prematuros no tenían esta fuente de hormonas maternas en el período de aparición de la fibroplasia, y podría ser un factor relevante en el desarrollo de la enfermedad (aunque los resultados minimizaron su influencia).

A los niños del grupo con alta concentración de oxígeno se los mantenía así durante un mínimo de dos semanas o hasta que alcanzaran los 1.500 gramos. Después de esto, la terapia se interrumpía bruscamente. Los de los grupos poco oxigenados sólo recibían terapia de oxígeno en caso de cianosis. A estos últimos también se los sometía al experimento durante 14 días o hasta que el peso alcanzado fuera el idóneo. Los pacientes eran vigilados hasta que cumplían tres meses, y se consideró un período de un año como el indicado para finalizar el estudio.

De los 86 niños, uno desapareció de la muestra y 21 murieron antes de los tres meses. Las autopsias de los pequeños cuerpos demostraron que su muerte no estaba directamente relacionada con el experimento. De los 36 niños sometidos al oxígeno, seis se quedaron ciegos de modo irreversible y dos perdieron la visión de un ojo. Ningún caso de ceguera se observó en el otro grupo.

La investigación, que se había llevado a cabo antes en animales con similares resultados, demostró la correlación entre la terapia de oxigenación masiva y la ceguera, al dañarse de modo irreversible los finos vasos sanguíneos de la retina, y probablemente también sus células nerviosas, pues el sistema nervioso es particularmente sensible

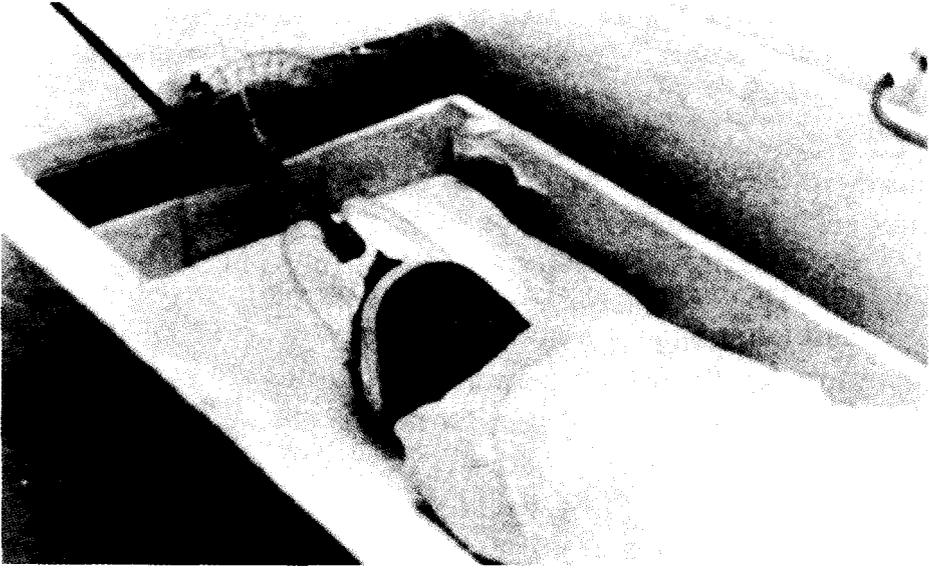


Barbillera diseñada por Daniel G. M. Schreber. *Kallipädie*. Fleischer, 1858.

a la toxicidad del oxígeno. Con esta demostración, los investigadores se oponían a otros colegas —que indudablemente habrían hecho sus propios experimentos— en la disputa sobre las virtudes del precioso gas, al señalar que las concentraciones de oxígeno comúnmente empleadas en las salas de prematuros podrían ser clínicamente intolerables para los adultos. Sin embargo, se utilizaban de forma habitual en los hospitales, al menos entre 1947 y 1952, para prevenir las cianosis o los cambios drásticos en las pautas respiratorias.

Tanto en el terreno de lo físico como en el de la interacción social, la ciencia pretende eliminar lo imprevisible, impedir el error, modelar la conducta hasta hacer deseable lo insoportable o, como en esa versión de la obra de Huxley que es, sin proponérselo, el *Walden dos* de Skinner, prescindir de toda enseñanza superflua para formar un ser humano socialmente útil, sin vicios, preparado para cualquier función a la que se le destine. La novela de Skinner creaba un lugar donde la afirmación del psicólogo J. B. Watson era una certeza: «Dadme una docena de niños sanos, bien formados, y un mundo apropiado para criarlos, y garantizamos convertir a cualquiera de ellos, tomado al azar, en determinado especialista: médico, abogado, artista, jefe de comercio, pordiosero o ladrón, no importan los talentos, inclinaciones, tendencias, habilidades, vocaciones y raza de sus ascendientes» (Bradley, 1992, pág. 56).

Más que el momento inicial del condicionamiento —prenatal en Huxley y postnatal en Skinner—, la diferencia fundamental entre las dos «versiones» es que el pri-



Niño preparado para un experimento. Foto de L. Lipsitt.

mero reconoce la deformidad y la fomenta, la utiliza para sus propios fines como lo haría Ford (el Dios de la sociedad *feliz*), que empleaba a sus obreros mutilados o enfermos en aquellos puestos para los que fueran útiles. Ninguno, por manco, cojo o parálítico que fuese, debía ser inhabilitado para el trabajo. Siempre había una tecla que tocar con un solo dedo, algún puesto en la cadena de producción que pudiera realizarse desde una camilla.

Skinner, sin embargo, pensaba en una elite de hombres sustituibles, igualmente útiles, igualmente sanos. Su proyecto de modificación educativa tiene como premisa principal la salud de los individuos. La enfermedad, el mal, la fealdad, la muerte parecen no existir en *Walden dos*. En esto se acerca al ideal de Rousseau, que, en el libro I de *Emilio* (1995), habla así de las características de su alumno: «Yo no me encargaría de un niño enfermizo o cacoquímico, aunque él hubiera de vivir ochenta años. No quiero un alumno siempre inútil para sí mismo y para los demás, que únicamente se ocupa de conservarse, y cuyo cuerpo perjudica la educación del alma» (pág. 58).

En el paraíso de Skinner, durante el primer año los niños permanecen aislados, para preservarlos de las infecciones, en cabinas con humedad relativa de entre un 80 y un 90 por ciento.¹ Se autoriza a sus padres biológicos a visitarlos si lo desean y gozan de buena salud. El dolor se inyecta en pequeñas dosis. «El modo tradicional de combatir la adversidad es elegir al fuerte. Nosotros, en cambio, controlamos la adversidad

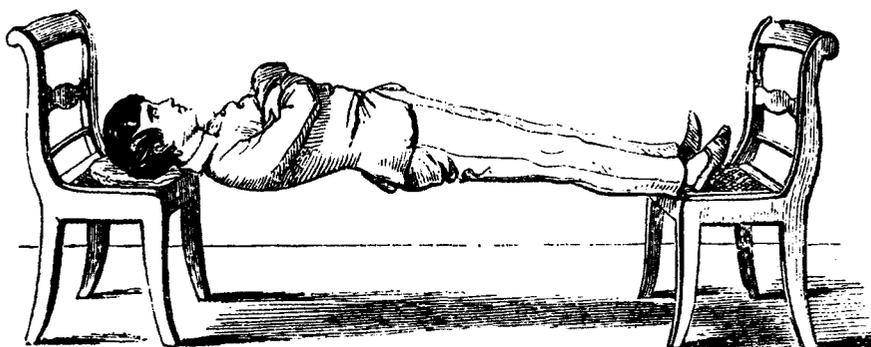
¹ Skinner suponía que la especie humana había evolucionado en un clima cálido y tropical.

para crear fortaleza», dice el protagonista de *Walden dos*. Para conseguirlo, su ingeniería de la conducta planifica especialmente la vivencia de las emociones.

El libro describe un instrumento que fue desarrollado por Skinner en la vida real para la crianza de su segunda hija, patentado como «cuna climatizada» (también llamada «caja para bebés» o «condicionador del heredero»). «Se trataba de una especie de pecera empotrada, con paredes insonorizadas y ventana panorámica, por la que circulaba un aire húmedo y caliente controlado gracias a un termostato». Una banda extraíble de tela de sábana atravesaba el suelo de lona, donde permanecía la niña desnuda, para evacuar los excrementos. «Las ventajas fueron inmediatas. Se eliminaba el riesgo de personas “metiendo la nariz encima” de la hija pequeña. [...] Debbie Skinner se mantuvo libre de catarros mientras fue bebé y llegó a establecer su propia rutina diaria, durmiendo y jugando a su antojo, bastando que sus padres cerraran o abrieran la cortina que cubría su ventana según lo considerasen oportuno. [...] Más relevante fue la temperatura para controlar el llanto de Debbie. Era muy sensible a ésta, y bastaba una variación muy pequeña, como 2 °C, para que sintiera demasiado calor o demasiado frío. En las escasas ocasiones en las que se quejaba, “siempre podíamos suprimir el llanto y el nerviosismo de la pequeña, bajando ligeramente la temperatura”» (Bradley, 1992, págs. 60-61).

La utilización controlada del calor y el frío formaba parte importante de la gimnasia terapéutica alemana y de la educación preescolar en la Unión Soviética, donde los alumnos eran adiestrados para soportar los más extremos cambios climáticos. Todos los días pasaban tres o cuatro horas al aire libre, salvo cuando llovía o el frío era demasiado intenso (por debajo de -23 °C), en una alternancia graduada de sol y sombra. Asimismo, los baños se enfriaban a razón de un grado cada tres o cuatro días hasta llegar a los 19 o 20 °C.

De hecho, la variación térmica había sido empleada desde la Ilustración como un



«El puente». Ejercicio gimnástico propuesto por Schreber.

instrumento modelador de la sensibilidad corporal, y fue ya utilizada por Jean Itard en sus intentos de civilizar a Víctor de L'Aveyron. «De los varios procedimientos que entonces puse en juego —diría—, me pareció ser el calor el que mejor cumplía su cometido. Pues en efecto, tanto fisiólogos como políticos han dado en reconocer en la acción del calor sobre la piel la causa de esa sensibilidad más refinada que distingue a los hombres del mediodía, en contraste con la de los del norte» (Itard, 1954, pág. 23).

Si había alguien cuyos sentidos parecían carecer de toda sutileza, ése era el pequeño niño salvaje, que había sido encontrado en 1799 en un bosque francés, mientras buscaba bellotas o raíces para alimentarse. Permanecía casi desnudo durante horas a la intemperie, indiferente al frío invernal y a la lluvia. «Para el calor no se mostraba menos insensible: cuando estaba sentado junto al fuego, no era raro verle recoger con los dedos algún tizón incandescente que por acaso rodaba hasta sus pies y devolverlo a la lumbre sin precipitación y con la misma flema que si de algo apagado y frío se tratase; asimismo otras veces se le sorprendía en la cocina zambullendo la mano en la olla de agua hirviendo para coger una patata» (Itard, 1954, pág. 22).

Gracias a distintas prácticas que estimulaban sensaciones opuestas, los continuados baños calientes y el uso de vestidos, su cuerpo se fue despertando a los sentidos. Aprendió a llorar, a tener necesidades y hábitos de limpieza propios de la vida civilizada, a desear las caricias de madame Guérin y a entender ciertas órdenes sencillas, antes de ser abandonado de nuevo a la triste condición de adulto idiota cuando Itard dio fin a su experiencia educativa para dedicarse a otros niños con menos deficiencias. Pero nunca llegó a hablar más allá de alguna palabra suelta que asociaba con algún alimento.

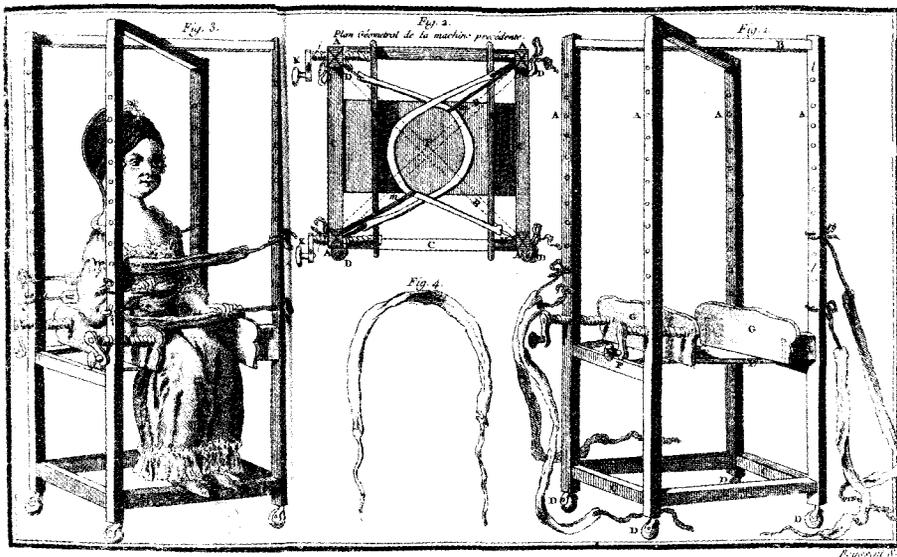
Otros niños habían sido en el pasado mantenidos artificialmente en la situación de salvajismo en la que, por el azar de su vida, se vio sumido el desdichado Víctor, para intentar descubrir así la primera lengua de la humanidad. Según nos cuenta Heródoto, el egipcio Psamético entregó a un pastor dos recién nacidos para que los criara. «Le ordenó que nadie pronunciara palabra alguna ante ellos, que permanecieran aislados en una cabaña solitaria y que, a una hora determinada, les llevara unas cabras; y luego, después de saciarlos de leche, que cumpliera con el resto de sus obligaciones». Dos años permanecieron en aquella situación de abandono, hasta que «un día, al abrir la puerta y entrar en la cabaña, los dos niños, lanzándose a sus pies, pronunciaron la palabra *becós* al tiempo que extendían sus manos». (Heródoto, 1992, págs. 278-279). La palabra *becós*, «pan» en frigio, obligó a los egipcios a admitir que el pueblo frigio era más antiguo que el suyo.

La compañía de las bestias debió de ser más socializadora que la de las mudas nodrizas que contrató el emperador Federico II en una nueva versión del experimento llevada a cabo en la Edad Media. Pretendió saber si los niños educados en el más absoluto silencio hablarían en hebreo, en arameo, en latín, en griego o en la lengua vulgar

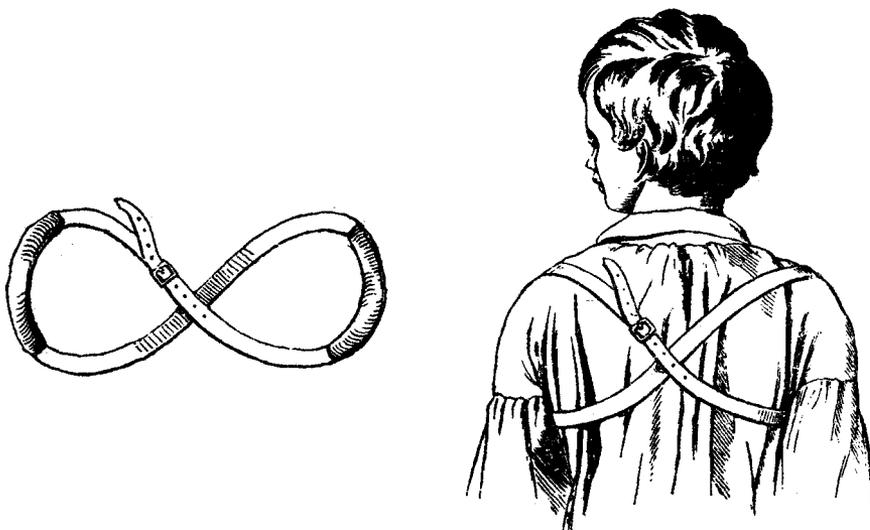
de sus padres. No pudo satisfacer su curiosidad científica al fallecer los niños antes de la edad de articular palabra.

La soledad del huérfano es, en algunos textos literarios, la condición que revela el paso reflexivo de la vida infantil a la adulta. «Me cumple avivar el ojo porque solo soy», dirá para sí el Lazarillo cuando recibe del ciego los primeros golpes y despierta con ellos «de la simpleza en que como niño dormido estaba». Pero él no estaba tan desprotegido como los lactantes hacinados en los hospicios en épocas de hambruna, que morían a cientos, si bien éstos también solían ser huérfanos, o sus familias incapaces de mantenerlos espiritual y físicamente.

Los hospicianos, objeto de la caridad pública o privada, fueron en la vida real firmes candidatos a la explotación laboral y física. Existía incluso, en los momentos de expansión colonial de España, una legislación específica que destinaba a los varones huérfanos a la vida del mar, prohibiéndoles otro tipo de ocupación menos necesaria para la patria. Otros muchos fueron víctimas del avance de la ciencia. Desde 1801, también por sucesivos decretos de la Corona, se autorizó su utilización en ensayos médicos. En la historia contemporánea española destacan por su relevancia los «recipientes variolíferos» de la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna (1803), 22 niños de entre cinco y ocho años del Hospicio de La Coruña que, «vendidos» por sus padres o simplemente donados, fueron portadores de la cepa disminuida de la viruela por América y Filipinas. El rey había prometido a Francisco J. Balmis, promotor de la idea, que



Silla ortopédica para enderezar la espalda.



Correas para enderezar los hombros, diseñadas por Schreber.

«estos niños serán habilitados, mantenidos y conducidos hasta que tengan oficio o modo de vivir de cuenta el Real Erario y también recomendados ellos y los Profesores comisionados a los Virreyes para que proporcionen educación, subsistencia y destino a los primeros, honren, distinguen y paguen puntualmente sus sueldos a los segundos» (Castillo y Domper, 1912, pág. 31). Pero, una vez llegados a tierras americanas, la promesa quedó incumplida, y los niños ya utilizados² formaban un tropel infantil infraalimentado que seguía a Balmis de región en región.

Los niños educados científicamente suelen crecer fuera de las estructuras familiares. Los hogares, las familias no son más que un estorbo, un reducto de supersticiones y afectos nocivos para la colectividad. Son la cuna del espíritu burgués, que debe ser violentamente quebrantada. La educación ideal, la reforma integral del hombre, exige el control total del entorno por parte del educador. «Emilio es huérfano —escribía Rousseau—. No importa que tenga padre y madre. Cargados con sus deberes, y les sucedo en todos sus derechos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer. Es mi primera, o mejor, mi única condición» (Rousseau, 1995, pág. 57).

² «No podemos olvidar que cada niño sólo servía en el período de desarrollo de su pústula, como vehículo capaz de transportar la vacuna, y por tanto, por una sola vez, puesto que desarrollada ésta queda inmune. Esto nos explica cómo Balmis constantemente acompañado por un tropel infantil, se encuentra, en ocasiones, en angustiosa soledad de elementos capaces de transportar su virus, y que se vea en esta también angustiosa necesidad de desembarazarse de los niños “ya utilizados”» (Gonzalo Díaz de Iraola, 1948, pág. 52).

Como motor de cambios controlados, o como consecuencia de profundas modificaciones en la convivencia de los individuos, la segregación de la sociedad en grupos de edad articula la reflexión del siglo XX sobre la nueva educación y, en la práctica, organiza la masiva aculturación en los soviets y en la China de Mao, y es el germen de la experiencia pedagógica de los *kibbutzim*.³

Lunatcharski, primer comisario del pueblo para la Instrucción Pública, se había visto obligado a tomar medidas dolorosas. Tras la Revolución de Octubre, el nuevo sistema carecía de técnicos y tradición para cumplir con los requisitos de los planes quinquenales. «Cuando se dice que necesitamos 43.000 ingenieros, 66.000 técnicos y dos millones de obreros cualificados [...]; cuando se dice que la agricultura necesita 30.000 ingenieros agrónomos, 40.000 ayudantes, 250.000 tractoristas, 50.000 mecánicos y cinco millones de campesinos instruidos adecuadamente, hay que pensar en los 160.000 maestros más que hacen falta para realizar ese plan. [...] El maestro tiene que tener presente que cuando esté en los Jardines de la infancia está ante un obrero en potencia».

Para cumplir con los requisitos del Estado, «cueste lo que cueste hay que apoderarse del alma del niño», afirmaba. «Desde el primer momento sabíamos lo que queríamos. El esfuerzo revolucionario que acabábamos de hacer resultaría estéril si al mismo tiempo no provocábamos una profunda revolución en la mentalidad y en los espíritus. Nuestro programa era muy sencillo. De un lado, había que transformar aquellas masas incultas, cuya ignorancia había sido cuidadosamente cultivada en los tiempos del zarismo. Había que liquidar esa herencia [...]. Y, por otra parte, había que preparar las futuras generaciones para que ellas fuesen en su día el más firme sostén de la República Soviética» (Llopis, 1930).

Apoderarse del alma del niño. De esa alma por la que competían intelectuales, popes, afectuosos padres..., lugar de conflicto entre la macroeconomía y la pequeña historia. Para liberarla de sus cadenas, para construir a partir de ella la nueva humanidad, los *kibbutzim* utilizarían las mismas armas. Hombres y mujeres venidos de los guetos europeos, ansiosos por colonizar una tierra desértica con el pobre bagaje de una educación urbana y autoritaria, vivían en Israel como camaradas. Por accidente, en contra de la voluntad de la mayoría y de una tácita prohibición, comenzaron a nacer los primeros hijos. Los colonos no sabían que hacer con ellos, pero sí lo que querían evitar.

El explotado obrero europeo, en su devoción al socialismo en sus inicios, luchaba por la igualdad económica, política y social. El judío socialista, que se sentía al fin listo para romper las cadenas fraguadas durante siglos de desigualdad social, económica y

³ De ellos diría David Rapaport, citado por Bettelheim: «La educación de los niños en las colectividades agrícolas de Israel es para el científico social lo que “un experimento de la naturaleza” es para el naturalista».

política, sabía que no era sólo lo anterior lo que había mantenido su posición de inferioridad. Se sabía igualmente limitado por su condición judía, por las exigencias paralizantes de su rígida religión y por la estricta obediencia de sus padres a las tradiciones y rituales judíos. Y si era una mujer judía, se sentía aún más degradada por una religión que obligaba a los hombres a darle gracias a Dios todos los días por no haberlos creado mujeres [Bettelheim, 1974, pág. 23].

Para acabar con la esclavitud de siglos, había que romper las ataduras de siglos. Lo que en el gueto era sagrado, en el *kibbutz* era vergonzoso: la preocupación exclusiva por la propia familia, la elaboración y degustación de la comida,⁴ la consideración de la descendencia como la continuación de un linaje... «Los niños del *kibbutz* viven desde el nacimiento (generalmente desde el cuarto día) con su grupo de coetáneos y no en casa con su familia. Es decir, son criados como grupo, en casas de niños separadas, por miembros de la comunidad designados para el trabajo. Generalmente las casas de los niños son edificadas en conjuntos, lejos de otras estructuras del *kibbutz*» (Bettelheim, 1974, pág. 265).

Todo adulto debía prestar tanta atención a sus propios hijos como a los ajenos. Algunos padres, que habían interiorizado demasiado su tradición, huían de los *kibbutz* con sus chiquillos. Pero los más asistían con alivio al proceso de aculturación de su prole. Sus hijos, gracias a Yahvé, no se parecerían a ellos.

Apoderarse del cuerpo a través del alma o apoderarse del alma a través del cuerpo, individual o colectivamente, han sido las dos grandes estrategias empleadas por el discurso científico para controlar a los pequeños seres humanos. Y este control puede resultar más eficaz cuando se ejerce dentro de la propia familia.

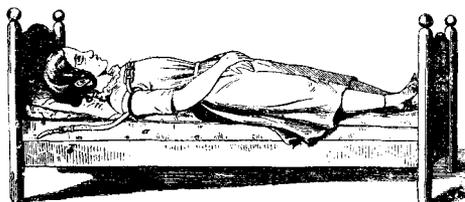
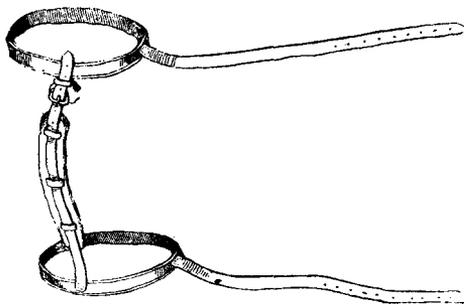
El primer experimento educativo de Aurora Rodríguez (1879-1955) fue su sobrino Pepito Arriola, al que su madre, soltera, había abandonado en casa de los abuelos. Rodríguez empezó a moldear su espíritu a través de la música, y lo hizo de tal modo que a los cuatro años el niño daba conciertos ante los reyes. Al ver su virtuosismo, la madre le arrebató a Pepito a su joven maestra y comenzó una vertiginosa gira por las principales cortes europeas. Fue quizás entonces cuando Aurora comenzó a madurar lo que sería su obra principal. En un principio dudaba entre inspirar una colonia anarquista o forjar una mujer «que fuera la bandera y el corazón de la libertad para los que tienen ansias de justicia» (Cal, 1991, pág. 37). El proyecto de colonia se basaba en la selección de unos cuantos criados domésticos, escogidos por sus buenas condi-

⁴ «Y ciertamente el consumo, y por supuesto, la preparación de los alimentos dentro de las habitaciones privadas es aún considerado como un pecado mortal contra el *kibbutz*. Era, y lo es en menor grado hoy día, considerado casi obsceno, una actividad a la que la gente se dedicaba literalmente con las puertas cerradas y las cortinas corridas, precisamente porque evocaba el vergonzoso pasado y revivía recuerdos de las viejas relaciones familiares descartadas que habían producido al débil, pusilánime, temeroso y torpe judío del *Galut*» (Bettelheim, 1974, pág. 26).

ciones morales y físicas, que actuarían como el germen originario, y que una vez educados serían distribuidos por toda España. «A las parejas se les asignaba una edad para la procreación [35 años para el hombre y 25 para la mujer]. Para evitar la fecundación fuera de estas edades, proponía la esterilización temporal mediante la operación de vasectomía, que debería ser practicada sistemáticamente a partir de la pubertad» (Cal, 1991, pág. 40).

Su padre la convenció para que abandonase esa idea, y Aurora decidió entonces concentrarse en la otra alternativa: la creación de una mujer nueva. El primer paso sería encontrar un «colaborador fisiológico» adecuado, es decir, culto, de edad madura, de agradable aspecto y que nunca pudiera reclamar a la criatura. Eligió para ello a un capellán del ejército que cumplía con los cuatro criterios básicos. «Desde que se supo embarazada se puso a plan de alimentación y continuamente pensaba en la forma que había que tener el cuerpo del hijo. Se despertaba por la noche a cada hora y cambiaba de postura para que el feto no sufriera y evitaba la posición boca arriba y todo tipo de fatigas, hacía gimnasia y eludía las lecturas que pudieran impresionarla» (Cal, 1991, pág. 56).

Cuando nació Hildegart, modeló su espíritu para convertirlo en un arma de combate ideológico que redimiría a la mujer de la opresión de siglos. A los 22 meses, la niña ya leía; a los tres era mecánografa titulada por la casa Underwood; a los cuatro se la iniciaba en el conocimiento de la vida sexual, principal lastre en la educación femenina; a los 14 ingresó en el Ateneo de Divulgación Social, «llevada por el deseo de ayudar a los trabajadores»; a los 18 se había licenciado en Derecho, había escrito varios libros y artículos sobre la cuestión social y la libertad sexual, y su fama de conferenciante había llegado hasta H. G. Wells. Fue entonces cuando su madre la asesinó mientras dormía, «como una gran artista que, pudiendo destruir su obra si le place, porque un rayo de luz se la muestra imperfecta, así hice con mi hija a quien había plasmado y era mi obra» (Cal, 1991, pág. 122). Ciertamente, no se habían cumplido sus



«Correa para niño durmiente». Diseño de Schreber.

expectativas. Hildegart había querido abandonarla para seguir una prometedora carrera política, probablemente enamorada de la fama y de un hombre que admiraba su talento como oradora. No se había dado cuenta, en su ingenuidad, de que se trataba tan sólo de un instrumento. No había comprendido para qué había sido hecha.

Otro ejemplo de los devastadores efectos del control corporal y mental sobre los hijos es el caso de Daniel Gotlieb Moritz Schreber (1808-1861), un famoso médico y pedagogo alemán, autor de numerosas obras sobre anatomía, fisiología, higiene y cultura física muy difundidas por toda Europa. Su obra quizás más importante, dirigida a la «salvación de las futuras generaciones» y al fortalecimiento de la raza, lleva el largo título de *Educación para la belleza mediante el fomento natural y equilibrado del crecimiento normal del cuerpo, de la salud que es base de la vida, y del ennoblecimiento mental, especialmente mediante el empleo, siempre que sea posible, de medios educacionales especiales: para padres, educadores y maestros*. Esta nueva educación, que incorporaba la ayuda de instrumentos mecánicos, fue experimentada (tal y como haría Skinner un siglo después) en sus propios descendientes.

Debemos a Morton Schatzman la inteligente confrontación entre los escritos de Schreber y los de sus hijos (en especial del juez Daniel Paul Schreber), sometidos a una sistemática tortura en pro de la mejora del hombre. Su cuerpo, tumbado, sedente o de pie, debía estar siempre erguido. «Si un niño está largo tiempo sobre un costado de su cuerpo, este lado puede resultar dañado, se dificulta la nutrición, se impide el flujo de jugos, la sangre se detiene y se acumula en los vasos y éstos pierden gran parte de su tensión vital. Esto puede llevar más tarde a la parálisis del brazo y del pie de ese lado. [...] Si un niño inclinaba hacia delante la cabeza y los hombros al andar era un claro síntoma de debilidad, estupidez y cobardía» (Schatzman, 1979, pág. 49).

Para lograr la perfección corporal, y por tanto espiritual, diseñó ingeniosos aparatos ortopédicos, como la correa para atar los hombros, con espirales de alambre (para los «cargados de hombros»), la correa para el niño durmiente (que le impide volverse y recostarse sobre un lado), el *Geradhalter* (aparato para obligar a los niños a sentarse derechos mediante el uso de una barra que se clava en el pecho) o el *Kopfhalter* (sujeta-cabezas).

«El *Kopfhalter* era una tira agarrada por un extremo al pelo del niño y por el otro a su ropa interior, de forma que le *tiraba* del pelo si no mantenía erguida la cabeza». Asimismo le impedía seguir un objeto con la vista o volverse al ser llamado. Era una especie de «recordatorio»: «La conciencia de que la cabeza no puede inclinarse hacia delante más allá de un cierto punto pronto se convierte en una costumbre» (Schatzman, 1979, pág. 54). El instrumento se completaba con «una barbillería, que se sujetaba a la cabeza gracias a una especie de casco. Con esto se aseguraba un adecuado crecimiento de la mandíbula inferior y de los dientes».

La vivencia de la utilización de este aparato, rastreada por Schatzman a partir de

los delirios de su hijo, es escalofriante: «Este era el más abominable de todos los milagros, después del milagro de la compresión del pecho; la expresión empleada para referirse a él, si no recuerdo mal, era “la máquina para comprimir la cabeza”»:

Los «diablillos» me comprimían la cabeza como si estuviese en un torno dando vueltas a una especie de tornillo, lo que hacía que mi cabeza asumiera temporalmente una forma alargada, parecida a una pera. Tenía un efecto aterrador, en especial porque iba acompañado de agudos dolores. Los tornillos eran aflojados momentáneamente pero sólo de forma gradual, de manera que el estado de compresión solía continuar por algún tiempo.

[...] Toda palabra pronunciada cerca de mí o a mí dirigida, toda acción humana, por pequeña que sea, que esté combinada con algún ruido, como descorrer los cerrojos de mi pasillo, accionar el picaporte de la puerta de mi habitación, etc., está acompañada por la sensación de un doloroso golpe dirigido a mi cabeza [...] y que puede ir unida al desgarramiento de parte de la sustancia ósea de mi cráneo; por lo menos eso es lo que se siente» [Schatzman, 1979, págs. 54-55].

Aquejado de locura religiosa, acosado por Dios por el crimen de ocupar un espacio («los rayos parecían no entender en absoluto que un ser humano, por el hecho de existir, tiene que estar en alguna parte [...]»), este pobre enfermo, ya adulto, quizás haya prestado su voz y su existencia real a ese otro monstruoso niño sin infancia, construido de despojos y unido gracias a la electricidad, paradigma de la ciencia decimonónica, que es la criatura de Frankenstein.

Privado de experiencia, condenado a la resurrección en un cuerpo ajeno, este niño con la fuerza de un titán, odiado por su padre, nació con la estatura y proporción de un adulto muerto. En él se reproducen, de modo aberrante, las sensaciones de un neonato, aceleradas gracias a la rutina independiente de sus órganos. Es el resultado de un experimento fallido, como lo han sido otros mártires del progreso científico.

Apenas recuerdo los primeros momentos de mi vida; todos los acontecimientos de este período me resultan confusos e indistintos. Una extraña multitud de sensaciones se apoderó de mí: veía, tocaba, oía y olía al mismo tiempo; y tardé mucho, efectivamente, en aprender a diferenciar las funciones de mis distintos sentidos. Recuerdo que una luz me iba oprimiendo cada vez más los nervios, hasta que me vi obligado a cerrar los ojos. Entonces me envolvió la oscuridad y me turbó; pero apenas había experimentado esto, abrí los ojos, supongo yo ahora, y me inundó la luz otra vez [Shelley, 1989, pág. 123].

Pocos seres en este incompleto catálogo de cuerpos y almas heridas llegarían a comprender, como el «hijo» de Frankenstein, cuál era la causa de su sufrimiento. Algunas víctimas ni siquiera debieron de darse cuenta de que estaban sufriendo, porque su vida cotidiana era esa constante torsión de los músculos por el uso de instrumentos ortopédicos o la soledad en una cabina de aislamiento, o quizás la total carencia de ter-

nura. Los Estados totalitarios diseñaron sus propios programas para crear dóciles infantes utilizando para ello la más sofisticada ingeniería social de su época, introduciéndose en los cerebros y en los hábitos de conducta, imperceptiblemente. La historia contemporánea nos ha mostrado el resultado de estos experimentos a gran escala, pero ¿qué ha sido de los adultos que un día fueron niños anónimamente torturados para que la ciencia avanzase? ¿Qué ocurrió con Debbie Skinner, a quien nadie había tocado desde el momento de su nacimiento y que un día tuvo que salir para enfrentarse a un mundo sin barreras de cristal? ¿Cómo vivió Víctor de L'Aveyron desde que Itard terminara su formación, en 1806, hasta 1828, fecha de la muerte de Víctor? ¿Dónde estarán ahora los prematuros cegados para demostrar una hipótesis médica? Todas ellas son preguntas de incómoda respuesta.

María García Alonso

Bibliografía

- Bradley, Ben S. (1992): *Concepciones de la infancia. Introducción crítica a la psicología del niño*. Alianza Editorial, Madrid.
- Bettelheim, Bruno (1974): *Los niños del sueño: La crianza infantil comunitaria en Israel y la educación norteamericana*. Siglo XXI, México D. F., Madrid, Buenos Aires.
- Cal, Rosa (1991): *A mí no me doblega nadie. Aurora Rodríguez: Su vida y su obra (Hildegart)*. Edición de Castro, Sada (A Coruña).
- Castillo y Domper, Julio del (1912): *Real Expedición filantrópica para propagar la Vacuna en América y Asia (1803...) y progresos de la Vacunación en nuestra Península en los primeros años que siguieron al descubrimiento de Jenner*. Imprenta de Ricardo F. de Rojas, Madrid.
- Díaz de Iraola, Gonzalo (1948): *La vuelta al mundo de la expedición de la vacuna*. Prólogo de Gregorio Marañón. Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, Sevilla.
- Heródoto (1992): *Historia*, tomo II. Biblioteca Clásica Gredos, Madrid.
- Huxley, Aldous (1976): *Un mundo feliz*. Plaza y Janés Barcelona.
- Itard, Jean: *Victor de l'Aveyron*. Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Lanman, J. T.; Guy, L. P., y Dancis, J. (1954): «Retro-lental fibroplasia and oxygen therapy», *Journal of the American Medical Association*, vol. 155, núm. 3. Chicago, 15 de mayo.
- Llopis, Rodolfo (1930): «Pedagogía soviética. Hablando con Lunatcharski», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, año LVI, núm. 837, Madrid.
- Dr. Marzouki (1981): *La experimentación en el hombre. La otra cara de la medicina*. Ediciones Júcar, Madrid.
- Rousseau, Jean Jacques (1995): *Emilio o de la educación*. Alianza Editorial, Madrid.
- Schatzman, Morton (1979): *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*. Siglo XXI de España, Madrid.
- Shelley, Mary W. (1989): *Frankenstein o el moderno Prometeo*. Alianza Editorial, Madrid.
- Skinner, Burrhus F. (1984): *Walden dos. Hacia una sociedad científicamente construida*. Martínez Roca, Barcelona.